La Venus que rompió el espejo

Miren Jaurne

Prólogo de Penny JayG

Una historia de superación y body positive

zenith

MIREN JAURNE

LA VENUS QUE ROMPIÓ EL ESPEJO

Una historia de superación y body positive

zenith

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: junio de 2019

© Miren Jaurne Martínez Otero, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.zenitheditorial.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-08-20946-1
Depósito legal: B. 12021 - 2019
Fotocomposición: Realización Planeta

Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

Prólogo. Penny JayG 9
Introducción 13

1. «Gorda» es solo un mote 17
2. «Gorda» es un insulto 27
3. «Gorda» es un problema, tú eres el problema 49
4. Buceando con las gafas sucias 77
5. Perdida en la oscuridad 97
6. Suelta las gafas y flota, o húndete con ellas 117
7. Esa voz tímida 139
8. De susurros a gritos 155
9. Aquella voz familiar 175

Epílogo 183
Agradecimientos 189

«Gorda.» Esa fue una de las primeras palabras cariñosas con la que mi familia se dirigió a mí. Y sí, he dicho «cariñosa» porque mis padres y mis hermanos no tenían la intención de herirme cuando se referían a mí como «gorda» o «gordi». Quizás a ti también te llamen «gordi» o incluso tú te refieras así a tu pareja. A fin de cuentas todos tenemos un mote, ¿no? Mamá, papá, enano, moco u orejón, como mis hermanos —y eso que no eran ni enano, ni orejón—. ¡Y el otro no parecía un moco! O los amigos de mi padre, más conocido como «el alemán» y «el mudo»; y ni uno era alemán ni el otro era mudo, ¡todo lo contrario, no se callaba! ¿Qué tenían todos ellos en común? A todos se lo decíamos con cariño, porque, en mi mente de niña pequeña e inocente, todo el mundo era perfecto.

¿Diferentes todos? Sí. ¿Perfectos? También.

La bendición de la infancia es la inocencia. Gracias a ella aceptaba que todos éramos diferentes sin pensarlo dos veces. Tengo cuatro hermanos mayores y no nos parecemos nada entre nosotros. Partiendo de esa base es fácil aceptar que no tienes por qué parecerte a los demás, que ni siquiera son de tu familia. A ver, yo tenía michelines y mis amigas no, pero ellas

tampoco tienen un lunar en la palma de la mano como yo y, para nosotras, una cosa tenía tanta importancia como la otra: ninguna.

Y con esta idea empecé mi camino por la vida. Dando por sentado que todos éramos diferentes y que no me importaba que los brazos de mi padre fueran fuertes o los de mi amiga cortos, porque lo único importante era el calor de sus abrazos. No importaba que uno de mis hermanos fuera más alto que el otro, lo que importaba era que jugaban conmigo. No me importaba que mi abuelo fuera calvo, me importaba que me hiciera reír.

Es curioso cómo los cánones de belleza de la sociedad me enseñaron a rechazar, según fui creciendo, lo que tildan de «diferente» o «feo», cuando son esas bellas imperfecciones las que hicieron mi infancia tan especial. La rugosidad de las uñas de mi abuelo cuando echábamos pulsos de pulgares. La abundancia de pecas en la cara de mi madre que me cansé de intentar contar los domingos por la mañana cuando me escurría entre mis padres en su cama. La forma en la que mi hermano tenía torcidos los dientes, y que, al sonreír, le levantaba el labio de esa forma tan graciosa. La redondez de los brazos de mi abuela cuando me enseñaba, sin éxito, a tocar el piano. Un millar de ejemplos que recuerdo y que aún me hacen sonreír, que van acompañados de un sentimiento y una sensación de calidez y añoranza. ¿Quién ha decidido que tiene el derecho de empañar mis recuerdos y tacharlos de «imperfectos»? ¿Quién cree tener potestad para proclamar que las personas de mi vida no son perfectas? Ahora echo la vista atrás y no consigo identificar el instante en el que mi mente dio por sentado que lo que hasta ese momento habían sido particularidades de

mis seres queridos, se convirtieron en defectos en otros y en mí misma.

Pero yo no era la única que veía así el mundo. Mis profesores, mis compañeros de clase y mis amigos eran iguales que yo. Tu físico no definía cuánto valías ni cuánto te querían, lo hacía tu calidad como amigo, tu sentido del humor, lo buen estudiante que eras, la de goles que metías en el partidito del recreo o lo bien que saltabas a la comba. Para que os hagáis una idea de lo poco importante que fue el físico en mi infancia, os diré que incluso tengo recuerdos maravillosos de esos primeros años de colegio protagonizados por gente invisible. No invisibles porque no tuvieran importancia, ni mucho menos. Invisibles porque no tienen cara, ni color de piel, ni cuerpo, ni peso. Son solo sentimientos, sonrisas que se escapan recordando aquellas aventuras, recuerdos que te asaltan cuando alguien los menciona, anécdotas que vas reviviendo cuando presumes de la fantástica infancia que tuviste.

Uno de esos recuerdos sin forma es mi profesora de 1.º y 2.º de primaria, Araceli. A ella le gustaban mucho mis dibujos y los colgaba en el corcho de la clase. Era muy maternal, paciente y no le importaba repetir las cosas tantas veces como fuera necesario. Te hacía sentir especial cuando se dirigía a ti, las clases eran divertidas y todos llegábamos al colegio deseando verla y empezar el día. La señorita Araceli me enseñó a apreciar las artes plásticas y las manualidades, me convenció de que se me daba bien dibujar, me hacía sentir protegida y la sentía como una extensión de mi madre en el colegio. ¿Cómo era físicamente Araceli? No tengo ni la más mínima idea. Si tuviera que dar un retrato robot no sabría por dónde empezar. ¿Era

morena o rubia? ¿De qué estatura? ¿Era delgada o entrada en carnes? Simplemente, no lo sé. Mi cerebro ha desechado esa información irrelevante para quedarse con lo verdaderamente importante. Cómo me trataba, cómo me hacía sentir, cómo se desvivía por sus alumnos.

También se me viene a la cabeza mi mejor amiga del cole, Burçu. Juntas vivíamos mil aventuras cada día, como aquel en que nos encontramos una lechuza con el ala herida en el huerto del colegio. Nos pasábamos horas jugando a las tiendas, me enseñó la canción de «Milikituli», me enseñaba palabras en turco, éramos las únicas chicas que se apuntaban al partido de fútbol del recreo. ¿Quieres que describa a Burçu? Lo acabo de hacer. Valiente, aventurera, entregada a sus amigas, amante de los animales, deportista. ¿Cómo era físicamente? No recuerdo si era más alta que yo, más delgada, con la piel más clara o los ojos más oscuros.

O Vanesa, mi mejor amiga del barrio hasta que su familia se mudó a otra ciudad. Nuestras colecciones de cartitas de intercambiar eran envidiables. Compartíamos el amor por las monerías de Cuca Dolls, los polos de vainilla y las películas de Disney. Sus fiestas de cumpleaños eran las mejores del barrio y sus padres, a pesar de ser el día especial de su hija, siempre tenían algún detalle para los asistentes. ¿De qué color era su pelo, sus ojos, cuánto pesaba? Si diera una respuesta me lo estaría inventando. ¿Qué recuerdo de Vanesa? La tristeza que sentí cuando me dijo que su familia se iba a vivir a otra ciudad, lo que nos divertíamos con el proyector haciendo sombras en la pared de su habitación, lo generosa que era cuando intercambiaba cartitas con alguien que tenía menos que ella, y su inmensa dulzura.

Ellas son algunas de las personas invisibles de mi infancia.

La gente que te hace feliz es más que un número en una báscula, la talla de un pantalón o los centímetros del contorno de su cintura. Me niego, y con esto me planto, me niego a que alguien a quien quiero quede reducido a un número cualquiera dentro de unos estándares sociales irrelevantes. ¿Te parece justo que tus seres queridos queden reducidos a eso? Y ¿te parece justo que tú quedes reducida a eso? De corazón, espero que la respuesta haya sido «No».

Haz este ejercicio conmigo. Piensa en alguien que hace mucho mucho tiempo fue amable contigo. Quizá fue con un gesto bonito inesperado o con una sonrisa desinteresada. ¿Tiñes ese recuerdo tan bonito con un «y estaba gordo/calvo/cojo» o lo dejas en un «caray, y lo bien que me hizo sentir»?

Me gusta pensar que ellas, mis personas invisibles, me recuerdan igual. Como la niña traviesa que no paraba de hablar en clase y que se hacía amiga de quien se sentara a su lado en el autobús del colegio. Sé que lo hacen. Sé que lo hacen porque todo lo que rodeó aquellas relaciones y amistades era cariño, y hablando desde el cariño «gorda» era solo un mote. Y es que, haciendo honor a la verdad, tengo que decir que yo era una niña jodidamente adorable. No me callaba ni debajo del agua, correcto, pero era adorable donde las haya.

En los años en los que «gorda» era tan solo un mote era sencillo mostrar mi cuerpo sin tapujos, relacionarme con los demás independientemente de la situación y sentirme una más. Esa sensación de comodidad facilitó que en aquel tiempo comenzase a desarrollar mi amor por la natación, el verano, la piscina y la playa. Quién me iba a decir que unos años después un

simple bañador me provocaría puro pánico. La ironía de la vida y la crueldad de los complejos tienen la sucia costumbre de ir de la mano. Lo que más felicidad te ha traído y en donde mejor te has encontrado convertido ahora en fuente de ataques de ansiedad, paranoia e inferioridad. ¿Cómo consigue ese monstruo verde llamado «complejo» que odiemos lo que ha sido nuestra mayor fuente de felicidad?

Aprendí a nadar con cuatro años. Todos los veranos los pasábamos mañana, tarde y noche en el polideportivo de mi barrio. Año tras año los mismos amigos, los mismos grupos, los mismos juegos acuáticos, la misma felicidad.

Como adulta me he acostumbrado al dicho «los niños son muy crueles», pero yo tardé mucho en comprobarlo. En aquellos primeros años no lo eran. Eran mis amigos y amigas, éramos niños con el único fin común de pasarlo bien bajo el lema de «cuantos más, mejor». Estábamos libres de cualquier complejo y prejuicio. Cuando había que hacer dos equipos para jugar al pilla-pilla acuático me elegían de las primeras. A fin de cuentas era muy buena nadadora y eso era lo que importaba. Tenía amigas con hermanos mayores que, a su vez, eran amigos de mis hermanos. Los padres de mis amigas jugaban con mi padre en el campeonato de mus, y sus madres se sentaban en el grupo de mi madre. Eran como una familia extendida. Todos nos conocíamos, y, aunque alguna vez oyera a alguien dirigirse a mí hablando con un tercero como «Miren, la gordita», era con el mismo cariño con el que me lo decían en casa. Porque la malicia no existía, me habían enseñado que aquella palabra no conllevaba ninguna maldad, porque realmente estaba gordita al igual que el pelo de Leti era rizado, la piel de Vicky morena, y la marca de la cara de Marian era rosa.

Parte de aquellos veranos eran las vacaciones en A Coruña. Las tardes de playa en Malpica o Valdoviño, ir a Ferrol para subir a Chamorro, el pulpo de Mugardos y los atardeceres en Cedeira. Las clases de pandereta con mi prima Begoña, los puzles japoneses con mi primo Fran, las trastadas en la casa antigua del tío de mi madre con Tanya y Alexis. Pura felicidad, *Galicia Calidade*.

Ya fuera en la playa, en la piscina o en la aldea, vivía y disfrutaba al cien por cien. No puedo evitar recordar aquellos años con envidia, envidia de mí misma. Ponerte un bañador y correr por la piscina sin pensar en si te rebotan las carnes, en si se te marca la celulitis, en quién está mirando, en si alguien está susurrando; sin sentir que cada persona presente te está juzgando. SIN PENSAR. Solo disfrutar, reír, vivir el momento, que mi risa fuera la voz más alta que oía en mi cabeza y que mi cuerpo fuera solo lo que era: el medio para jugar, gritar, reír... y no la prisión en la que se terminó convirtiendo. Y es que al principio «gorda» era solo eso, un mote.